8058

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y
BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA Y TEATRO CÓMICO

PABELLONES MILITARES

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO MONASTERIO

MADRID
EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.º
ARREGUI Y ARUEJ
Greda, 15, bajo
1893

PABELLONES MILITARES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías de los SRES. HIDALGO y ARREGUI Y ARUEJ son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

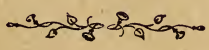
PABELLONES MILITARES

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

estrenado en el TEATRO LARA la noche del 1.° de Abril de 1893

ORIGINAL DE

RICARDO MONASTERIO



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ROSA	Sra. Valverde.
ESTRELLA	Pino.
ARSENIA	Srta. Blanco.
ISABELA	Riaza.
FERMINA	Sra. Mavillard.
PINTADO (Teniente coronel)	Sr. Rosell.
ÍÑIGUEZ (Teniente)	Ruiz de Arana.
REDONDO (Asistente)	Manso.
PIQUERAS (Teniente)	Mendiguchía.
PORTILLO (Capitán ayudante)	Ramírez.
CARACENA (Comandante)	Fuentes.
MARÍA	(1)
RODRÍGUEZ (Teniente)	

Un asistente que no habla

Por derecha é izquierda se entenderá la del actor

Portillo y Rodríguez vestirán de todo uniforme; los demás de paisano y con teresiana

(1) Estos dos personajes, así como la escena en que figuran, son nuevos en la obra.

PRÓLOGO NECESARIO

Al escribir este sainete pude temer, como en todas mis obras me sucede, que el público lo encontrara pálido y falto de interés; jamás, ni un sólo momento, cruzó por mi imaginación la sospecha de que alguien pudiera darse por ofendido y mucho menos una dignísima y noble corporación, simpática á todo el mundo, y que al pertenecer yo á ella, he aprendido á querer y respetar.

Antes de estrenarlo, leí este sainete á ilustrados Jefes y Oficiales del ejército, amantes entusiastas de su prestigio, y ninguno de ellos abrigó tampoco aquella sospecha.

El público del estreno, en buena parte compuesto de militares, rió y aplaudió mi obra, poniendo su éxito por cima de mis esperanzas. Unánime la prensa del siguiente día, me favoreció con sus elogios, y ni un sólo periódico, vió en los tipos del sainete ofensa alguna para el ejército. Sin embargo de esto, á los dos días del estreno, la guarnición de Madrid se consideró ofendida, y en tal concepto, aun creyendo yo que aquella consideración era equivocada, me ví obligado á retirar del cartel del *Teatro Lara* la obra, con

671459

grave perjuicio de mis intereses y de los de la empresa que la estrenó.

Debo decir que en cuanto á mi noticia llegaron los primeros rumores del descontento, me apresuré á introducir en la obra, y no para deshacer ofensas, que creo no existían, sino para satisfacer y acallar susceptibilidades exquisitamente alarmadas, algunas correcciones que en el ejemplar van marcadas, y con las cuales se hubiera ya representado la obra la misma noche que la retiré del cartel.

Después de estas manifestaciones, tengo la seguridad de que cuantas personas lean sin apasionamiento ni prejuicio alguno este libro, harán justicia á mis intenciones y no verán en él la más leve ofensa para el ejército, al que tengo la honra de pertenecer y de cuyos brillantes prestigios es y será siempre entusiasta admirador:

Ricardo Monasterio.

ACTO ÚNICO

La escena representa un pasillo de pabellones en un Cuartel de Infantería.—De frente dos puertas con los números 7 y 8 respectivamente.—Al lado de cada pabellón, ventanas practicables.—Al levantarse el telón, aparecen sentadas, formando corro, frente al número 8, á la derecha doña Rosa, Fermina, Isabela y Arsenia.—Caracena en una mecedora lée un periódico militar á la luz de un farol, colgado del techo. A derecha é izquierda continuación del pasillo.

ESCENA PRIMERA

DICHOS y dentro en el núm. 7 IÑIGUEZ, PIQUERAS y PORTILLO
En dicho pabellón, se oye algazara, música de piano y cantar á Iñiguez

IÑIG. (Dentro.)
Una vid planté á tu puerta
cuando llegué á tu ventana,
ya verás pichona mía,
que bien me subo á la parra.
(Portillo y Piqueras, jalean y aplauden.)

CAR. Nada, que no me dejan leer.

ARS. ¡Pero qué bien canta ese Iñiguez!

ROSA Ya lo creo. Ese canta en la mano. Buen pájaro está.

ARS. ¡Pero, mamá!...

ROSA ¡Pero, niña! ¡Que eres tonta! ¡Mire usted que hacer caso de un hombre como ese!

ARS. Es teniente y muy antiguo.

ROSA Pero lleno de acreedores.

ARS ¡Eso son chismes!

ROSA ¡Cá! Eso son trampas. ¡Si fuera el otro!

FERM. ¿Piqueras?

ISAB. Sí, ese.

ROSA Ese ya es otra cosa.

ISAB. Ya lo creo.

ARS. Porque tú lo digas y porque te guste á tí.

ISAB. Porque lo dice todo el mundo. Tú eres una terca.

ARS. Y tú una encismadora. (Riñen.)

ROSA ¡Arsenia!... Sé prudente. No hay comparación entre uno y otro.

FERM. Piqueras creo que es muy rico.

ROSA Por eso y porque es de muy buena familia; pero el otro...

IÑIG. (Cantando.)

«Sé que no quiere tu madre
que tú te cases conmigo,
díle que por esta vez
pensamos los dos lo mismo.»

CAR. Nada, yo les mando callar.

ARS. ¡Pero, papá!

ROSA Pero, ¿á tí que te importa?

CAR. Si hace una hora que están así.

ROSA ¡Como tú has arrestado hoy en su casa á Piqueras!

CAR. Le arresté porque faltó al rancho y porque tú me lo dijistes ¡ea!

ISAB. ¿Pero, mamá tú?...

ROSA Quéjate, después de que lo he hecho para que te haga la tertulia. Es el único medio de que esté en casa, á ver si puedes atraparle; pero tú, cá. Si no tienes gancho.

CAR. ¡Si fueras como tu madre!

ROSA Aunque no lo hubiera tenido para tí...

CAR. Pues bien me hiciste tragar el anzuelo.

ROSA Pues vaya un pez que me tocó en suerte.

CAR. Puedes quejarte.

ROSA Un alferez sencillo de reemplazo y con retención. Figúrese usted qué pez. Boquerón, y gracias.

(Iñiguez, Portillo y Piqueras cantando «La Mascota.»)

«A mis pavos quiero yo, etc.»

CAR. (Levantándose y pasando frente á la ventana derecha.) Ya no aguanto más.

ARS. ¡Papá!

ROSA Ten prudencia.

CAR. (En alta voz.) ¡Pero, señores! ¿No se cansan ustedes?

ESCENA II

DICHOS é IÑIGUEZ en la ventana de su pabellón

IÑIG. (Desde dentro.) Cá, no señor, mi comandante. (Siguen cantando.)

CAR. Pues parece mentira.

IÑIG. ¿Pero, no le gusta á usted la música?

CAR. Muy poco.

IÑIG. Si Orfeo hasta amansaba las fieras con la música.

ROSA Anda, ya te han llamado fiera.

CAR. Es que las fieras de entónces estaban por civilizar.

IÑIG. Lo mismo que las de ahora, mi comandante. (Asomándose á la ventana.) Y si no, que lo diga doña Rosa. Muy buenas noches.

ROSA Hola, pollo.

LAS NIÑAS Muy buenas.

FERM. Buenas, señor Iñíguez.

IÑIG. ¿Usted qué opina de las fieras, doña Rosa?

ROSA De cuales. De aquéllas ó de éstas.

IÑIG. De aquéllas, de las de Orfeo.

ROSA De las fieras no sé nada, pero de Orfeo, supongo que debía tocar el piano mejor que usted.

IÑIG. Pero si entónces no había pianos...

ROSA Pues, buena suerte tenían los vecinos de Orfeo.

IÑIG. De todas maneras, yo no soy Orfeo.

ROSA No, señor; pero casi casi.

ARS No haga usted caso á mamá, Iñíguez.

ROSA Para ser Orfeo, le falta á usted la mitad.

IÑIG. Vamos, sí el *Or*...

ROSA Y la *plat*...

IÑIG. Eso es verdad, aunque espero que usted me haga un préstamo.

ESCENA III [1]

DICHOS MARÍA y RODRÍGUEZ, Teniente, sale por la izquierda del brazo de aquella, elegantemente vestida con traje de calle.

MARÍA
ROD. } Buenas noches.

TODOS Muy buenas.

ROD A la orden de usted mi comandante.

ROSA ¿Quiéren ustedes sentarse?

ROD. Muchas gracias, señores.

CAR (A María.) Si quiere usted descansar un poco... (Ofreciéndola la mecedora.)

MARÍA No se moleste usted, vamos á dar un paseo.

CAR. Como ustedes gusten.

MARÍA Buenas noches...

ROSA Vayan ustedes con Dios. (Empieza á hablar bajo con Fermina.)

IÑIG. (Viendo pasar hacia la derecha á María y Rodríguez.) Vaya con Dios el envidiable matrimonio.

ROD. (Levantando la cabeza.) ¡Hombre! ¿estás ahí?

MARÍA Buenas noches.

IÑIG. El ser feliz, no impide ser cortés, y ya que no puedas dar nada de tu envidiable felicidad, dá siquiera el saludo.

ROD. Dispensa, chico, no te habíamos visto.

IÑIG. (Hablándoles bajo.) ¿Qué, no quieren ustedes un ratito de tertulia?

ROD. A ésta no le gusta murmurar.

MARÍA Es que para mí, la única tertulia agradable es mi casa, y la mejor conversación, la de mi marido.

IÑIG. ¡Ay, María! Usted aquí, es un enemigo terrible para nosotros los solteros.

MARÍA ¡No sé por qué!

IÑIG. Porque conociéndola á usted, nos atrae la idea del matrimonio.

MARÍA En el regimiento hay otras señoras, que también pueden servir de ejemplo.

ROD. La señora del Coronel.

---

(1) Escena nueva.

MARÍA Y la del Teniente Coronel del primero, y la del capitán Ibáñez y muchas más.

IÑIG. Que pueden ser su digna tertulia de usted.

MARÍA Tampoco puedo disfrutarla.

IÑIG. ¿Por qué?

MARÍA Porque esas señoras dedican la velada á la educación de sus hijos.

IÑIG. Ese es el verdadero tipo de la señora de un militar.

ROD. Con que, chico, buenas noches. (Se van por la derecha.)

IÑIG. Adiós, matrimonio feliz.

ESCENA IV

DICHOS menos MARÍA y RODRÍGUEZ

ISAB. ¿Pero, no sale usted esta noche á tomar el fresco?

IÑIG. En seguida, hermosa Isabela. Aunque supongo que no querrá usted que sea yo solo el que lo tome.

ISAB. Si alguno más tiene ahí calor...

IÑIG. Aquí todos lo tenemos. Es decir, aquí todos nos abrasamos.

ROSA ¿Portillo también?

IÑIG. Supongo que también el capitán sentirá calor.

ROSA ¿Tropical?

IÑIG. Mi *comandanta*. Nada de alusiones imprudentes. Somos con ustedes. (Se retira de la ventana.)

ESCENA V

DICHOS menos IÑIGUEZ

CAR. (Dando un golpe en el periódico.) ¡Atiza!

ROSA ¿Qué pasa?

CAR. *La Correspondencia militar* anuncia ya el ascenso de Arellano á General de Brigada, y fué Alferez conmigo.

ROSA Como que tú no puedes hacer carrera.

CAR. ¿Por qué?

ROSA Porque nunca te has metido en nada.

CAR. ¡Vaya!

ROSA Ni siquiera te has sublevado nunca.

CAR. Porque no debo.

ROSA ¿Que no debes? ¡Ojalá fuera verdad! Porque no te has atrevido.

CAR. ¿Que no?...

ROSA Si conoceré yo que no eres capaz de sublevarte.

CAR. ¡Tienes razón! Contra tí, no me he sublevado nunca, que es lo que más siento.

ROSA Y te hubieras librado bien, porque te formo consejo de guerra sin compasión. (Se oye dentro el toque de retreta.)

FERM. ¿Vió usted esta mañana la *Comandanta* del segundo?

ROSA Calle usted mujer. Estaba en misa delante de nosotras y no pude tener devoción.

FERM. ¡Qué mujer!

ROSA Llevaba un traje de *moiré* amarillo.

FERM. Con volantes encarnados.

ROSA Parecía la bandera del regimiento.

FERM. Pero, en cambio, ya vería usted qué pendientes de brillantes.

ROSA Muy charros; pero, claro, como dicen que tuvo Cantina en Figueras.

FERM. ¿Qué me cuenta usted?

ROSA ¡Anda, y si no estuvieran aquí las niñas, vería usted lo que es bueno!

FERM. ¿Con que sí?

ROSA Como que hay quien asegura que no es mujer de él.

FERM. ¡Conque no!

ROSA Es mujer de otro, según dicen. Es decir, vaya usted á saber de quién será mujer.

FERM. Pero, si el comandante es casado.

ROSA Toma, pero con otra. Está separado de su mujer, porque, según parece, siendo teniente, supo... si no estuvieran aquí las niñas...

FERM. Comprendido, doña Rosa, comprendido.

ROSA Yo, en confianza, le digo á usted esta cosa, porque á pesar de su falta de educación...

FERM. Ya ve usted, una no tiene la culpa.

ROSA Claro, ninguna, pero á usted, Fermina, des-

pués de todo, se la conoce á usted que es una señora muy prudente.

FERM. Mire usted, eso, aunque me esté mal el decirlo, es verdad. A mí, á pesar de que he vivido ya en ocho cuarteles, nunca me ha gustado meterme en chismes.

ROSA Lo mismo que á mí.

FERM. Pero, la verdad es, que á la comandanta esa se la conoce á la legua que huele á cantina.

ROSA Y á contrabando, y á criada de servir, y no se ofenda usted por esto, Fermina.

FERM. ¡Quiá! No, señora.

ROSA Porque usted, aunque haya tenido la desgracia de servir antes de conocer á Fernández, hoy puede usted pasar por señora en cualquier cuartel y en todas partes.

FERM. A mí me parece que sí.

ROSA ¡Ya lo creo! Como que desde que la conocemos á usted se ha afinado usté mucho.

FERM. Yo procuro siempre no salirme del tiesto.

ROSA Y hace usted muy bien.

FERM. En cambio, esa señora...

ROSA ¡Señora!

FERM. Bueno, ó lo que sea; no dice tres palabras sin soltar cuatro barbaridades. El otro día me la encontré en la *prazuela,* y al preguntarla que cómo estaba, me dijo que había tenido un grano *malino* en el *mollar* del brazo derecho.

ROSA Pues todo eso se lo habrá enseñado el comandante.

FERM. ¿Habla mal?

ROSA Anda, dice *seición*, *vesita* de *hespital* y *sastifecho*.

FERM. Pero, á mí lo que me extraña es que sea tan amiga de ella la señora del teniente coronel del 2.º

ROSA Otra que tal baila.

FERM. ¿Qué me cuenta usted?

ROSA Si no estuvieran aquí las niñas... ¿Usted no ha notado que siempre la acompaña Portillo?

FERM. Sí, el ayudante del 1.º

ROSA El mismo. Pues todas las noches que ella va

á jugar al tresillo á casa del coronel, Portillo hace siempre el cuarto.

FERM. ¿Y el teniente coronel?

ROSA Ese hace el quinto... Ni vé, ni oye, ni entiende... hablando siempre de Cuba, se le va...

FERM. Sí, el santo al cielo.

ROSA Y la santa á casa del coronel.

FERM. ¿Ella es cubana?

ROSA No lo vé, carape; como habla siempre en criollo, mire qué mandanga...

FERM. ¿Pues sabe usted que está bueno el cuartel?

ROSA ¡Ay! Pues si no estuvieran aquí la niñas...

ESCENA VI

DICHOS, ÍÑIGUEZ y PIQUERAS saliendo del pabellón

IÑIG. Conque, buenas noches.

TODAS Muy buenas.

CAR. Buenas noches, señores.

ISAB. Creí que no salían ustedes.

PIQ. Si acaban de tocar retreta.

ROSA Redondo, saca unas sillas.

IÑIG. Supongo que me hará usted un sitio

ARS. Sí, aquí; tengo que acusarle á usted las cuarenta... (Sale el asistente con las sillas.)

IÑIG. Dáme (Se sienta al lado de Arsenia.)

PIQ. Trae acá... (Idem detrás de Isabela.)

ROSA (Al asistente.) ¿Cómo va la cena? (Llamándole aparte.)

RED. No hay aceite para la ensalada.

ROSA Pues, tráete un litro.

RED. ¿Y el dinero?

ROSA Que apunten. (Entra nuevamente el asistente en el pabellón.)

IÑIG Doña Rosa, como si no estuviéramos aquí, puede usted seguir con la tijera.

ROSA Pero, hijo, si... yo no me meto con nadie.

IÑIG. Dispense usted, no lo sabía.

ROSA A usted, Piqueras, como no le arresten no

tenemos el gusto de que nos haga usted la tertulia

ISAB. Eso le estaba yo diciendo.

IÑIG. Yo siempre tengo mucho gusto en verlas, pero las ocupaciones...

ROSA Es usted muy ingrato.

ISAB Eso le estaba yo diciendo.

ROSA Aquí se le quiere á usted mucho.

ISAB. Eso le estaba yo diciendo.

ROSA ¡Niña!... Aquí le queremos todos.

IÑIG. ¿El comandante también?

ROSA Ah, mi marido más!

PIQ. Pero me arresta en casa.

ROSA Y hace bien.

PIQ. Ah, ¿usted también?

ROSA ¿Llegó usted tarde al rancho?

IÑIG. Pero, ¿á usted qué le importa el rancho?

ARS. (Riéndose exageradamente.) Ay, ¡qué ocurrencias tiene usted!

ROSA ¡Arsenia, compostura! Qué tonta. Vas á hacer que me incomode.

IÑIG. Doña Rosa, saque usted las tijeras y no haga usted caso de nosotros.

ROSA Eso es lo que usted quisiera.

FERM. Deje usted á la niña, que está en la edad de esas cosas.

ROSA Pero, si esta Arsenia me quema la sangre Es tonta de capirote, á pesar de ser ahijada de un general.

FERM. ¿Un general?

ROSA Sí; ya murió el pobre hace dos años; por cierto que su señora está comiéndose alegremente la viudedad en unión de un capitancito de caballería que fué ayudante de su marido.

FERM. ¿Y no se casan?

ROSA ¿Para qué? ¡No ve usted que perdería la viudedad, y no ganaría nada!

ISAB. (Riéndose.) Ya, ya; buen granuja está usted hecho; pero yo tengo la debilidad de creerle á usted todo lo que me dice...

PIQ. Porque ve usted que tengo razón y que es verdad todo lo que digo.

ISAB. Porque le quiero á usted más de lo que se merece.

ROSA ¡Qué lista es esta Isabela! ¿No es verdad que vale mucho?

FERM. ¡Oh! *dambas*, *dambas*. (Sale Redondo con una cesta.)

RED. Señorita...

ROSA ¿Qué quieres?...

RED. Que tampoco hay pan.

ROSA Bueno, hombre, pues tráete dos libretas, y el dinero...

RED. Sí. ¡Apunten! (Al Comandante.) Con permiso de usted, ¿puedo bajar á la tienda?

CAR. ¡Vete! (Se pone la gorra el asistente, se va por la derecha, y al cruzarse con Pintado se quita nuevamente la gorra, se cuadra y sale escapado.)

ESCENA VII

DICHOS y PINTADO con teresiana de teniente coronel

PINT. ¡Buenas noches!

PIQ. / IÑIG. Buenas, mi teniente coronel.

NIÑAS / FERM. Muy buenas...

ROSA Buenas, señor Pintado, ¿y Estrella?

PINT. Reposando un poco la comida, como buena criolla.

CAR. ¿Habéis cenado ya?

PINT. Hace un momento. Conque, ¿tomando el fresco? Muy bien. Esto me recuerda cuando estaba en Puerto Príncipe. ¡Qué tertulias aquellas! ¡Oh! Dáme lumbre. (Pasa á la izquierda.)

ROSA (Confidencialmente á Fermina.) Repare usted y verá cómo, ahora que le habrá visto pasar, sale el capitancito y se va hacia allí.

ARS. Sí, sí, cualquiera se fía de usted.

IÑIG. Ya sabe usted que digo la verdad.

ARS. A ver qué me dice el abanico. Me caso, no me caso, me caso... (Sale Portillo de uniforme de capitán con bastón y se va por la izquierda. Pintado, que ha encendido el cigarro, vuelve al corro, colocándose entre Fermina y doña Rosa; ésta, que no ha

quitado ojo de la puerta del pabellón de Portillo, vé salir á éste, y muy gozosa, dá con el codo derecho ,con intención de avisar á Fermina, dándole á Pintado.)

ROSA ¡Ya sale! ¡Ya sale!

ARS. No me caso.

PINT. ¿Quién?

ROSA (Asustada.) Ya sale esta chica con una tontería. Deja ese abanico. Por poco no meto la pata.

PINT. Pues, sí; estaba haciéndole yo la corte á Estrella que medio estaba en relaciones entonces con el ayudante del general gobernador, y por la noche tomábamos el fresco en un jardín. En aquella tertulia se quitaba el pellejo á todo bicho viviente.

ROSA ¡Qué lengüecitas!

PINT. ¡Oh, pero nos reíamos y pasábamos muy bien el rato! El ayudantito era un hombre muy dispuesto para todo. Tocaba el piano muy bien. Estrella cantaba graciosísimamente...

ROSA Sí, y el ayudante acompañaba á Estrella.

PINT. Eso es.

ROSA Vamos. Lo mismo que aquí.

PINT. ¿Aquí también?

ROSA Sí, aquí también el que toca acompaña al que canta.

PINT. Yo he sido siempre muy aficionado al baile, y allí los tangos y las guarachas eran mi delicia; y á lo mejor, mientras cantaba Estrella acompañada del ayudante, decía éste: «Que baile Pintado. Sí, sí, que baile, que baile...» decían todos; y ya estaba yo en danza. ¡Oh, qué tertulias aquellas... y qué recuerdos tengo yo de Puerto Príncipe!... (En este momento entra el asistente por la derecha, se quita la gorra y entra en el pabellón.)

ROSA Usted ha debido ser un calavera, que ya, ya.

PINT. Se ha hecho lo que se ha podido; pero, yo creo que hoy estos pollos ya no sirven para nada.

IÑIG. También se hace lo que se puede, mi teniente coronel.

ROSA Y alguno hasta lo que no se puede.

ESCENA VIII

DICHOS, y ESTRELLA elegantemente vestida con traje de casa, que viene acompañada de un ordenanza

EST. Buenas noches.
TODOS Muy buenas.
CAR. Buenas, bellísima Estrella.
ROSA Redondo, una silla, una silla.
IÑIG. Esta.
PINT. Esta.
EST. Siéntense, caramba. Retírese, Francisco.
CAR. Aquí en la mecedora.
PINT. Si éste y yo vamos á dar un paseo por aquí.
CAR. Como quieras.
ROSA Aproxime usted la mecedora.
EST. Si voy á retirarme ahorita.
ROSA No tenga tanta prisita.
PINT. (Saliendo por la izquierda con Durán.) Allí, en Matanzas, en el cuartel, había también un corredor y todas las noches... (Sigue hablando.)
RED. (Que sale con una silla.) ¿No hace ya falta?
ROSA Déjala al lado de la *teniente coronela*, por si viene alguien. (La deja y entra en el pabellón.)
EST. (Meciéndose y abanicándose.) Conque, ¿qué dicen las niñas?
ISAB. Pues ya ve usted, poca cosa.
EST. ¿Y los niños?
ROSA Pues lo mismo que las niñas.
IÑIG. Que todos tenemos mucho gusto en ver á usted.
EST. Muchas grasias, pero lo que yo quiero ver es cuándo me convidan á la boda.
IÑIG. Por mí, dése usted ya por convidada.
ISAB. Y por mí.
ARS. Y por mí.
ROSA ¡Niña!
ARS. Mamá.
ROSA Que ya sabes lo que te tengo dicho.
EST. Dejo á la niña, caramba. Que la niña está ya en edad de casarse.
ROSA Sí lo está, y de haber querido ya se hubiera

casado con un comandante, que me la pidió en Jaca.

EST. ¡A caballo, caramba!

ROSA En Jaca, provincia de Huesca.

EST. ¿Y por qué no se casó la niña en Jaca?

ROSA Porque la niña en jaca y á pié es tonta de capirote. ¡Oh! pero si las dos hubieran querido casarse, podían haberlo hecho ya lo menos cuatro ó cinco veces.

EST. ¡Muchas son, caramba!

ROSA Aquí está, Fermina que lo sabe.

FERM. Sí, es *verdaz*. Es *verdaz*.

(Portillo sale por la izquierda con Durán.)

PORT. Lo que es allí, en Cienfuegos, pasamos unos días que ya ya. Figúrate que por la noche salíamos persiguiendo á los insurrectos... (Se van por la derecha.)

ROSA Mire usted, no es porque yo lo diga, pero mis hijas han tenido los partidos así, (Junjando los dedos.) y aquí está Fermina.

FERM. Es *verdaz*.

EST. Ya lo veo. La verdad es que las niñas son dos terronsitos de azúcar.

PIQ. De pilón de primera.

LAS DOS Muchas gracias.

EST. Y ustedes, por lo visto...

IÑIG. Dos golosos de primera también.

ROSA Pues no te untes.

IÑIG. Y ya ve usted, á nadie le amarga un dulce.

EST. Pues desídanse y á ver si probamos los de la boda.

ESCENA IX

DICHOS y PORTILLO, que viene por la derecha

PORT. Muy buenas noches, señoras.

NIÑAS Muy buenas.

ROSA Muy buenas. Aunque bien pudo usted dárnoslas antes, cuando salió usted del pabellón, sin saludarnos.

PORT. ¡Ah! caramba, dispénseme ustedes, no re-

paré, tenía que comunicar una orden de coronel.

EST. Siéntese, que aquí tiene una silla por casualidad.

ROSA Eso es, por casualidad tiene usted ahí una silla.

PORT. Muchas gracias. Vamos á ver, si no es indiscreción, ¿de qué se hablaba aquí?

EST. ¡Ah! de una cosa muy agradable.

PORT. ¡De ascensos!

ROSA A lo que estamos, tuerta.

EST. No, que es de una cosa más agradable todavía.

PORT. Pues, no acierto.

EST. ¡De bodas!

PORT. ¡Pues eso no es agradable!

ISAB. ARS. ¡Capitán!

PORT. Dispénsenme ustedes, señoritas.

ROSA A Portillo no le hace falta casarse.

PORT. ¡Hombre! Eso es ya mucho decir, mi *comandanta.*

EST. Pero cuando doña Rosa lo dise...

ROSA Eso. Sabido me lo tendré.

PORP. Y vamos á ver, ¿por qué cree usted que á mí no me hace falta casarme?

EST. Eso es; ¿por qué?

ROSA Porque... porque...

TODOS ¿Por qué?

PORT. ¿Por qué?

ROSA Porque hoy es usted ayudante.

TODOS ¡Já, já, já!...

PORT. Y eso, ¿qué tiene que ver?

PINT. (Que con Caracena sale por la derecha.) Allí, en Guanabacoa, eso era el pan de cada día. ¡Vengan partidas de dominó y vengan tarretes de Ginebra y un ruido de fichas infernal y una de jumeras!... ¡Oh!... (Se vá por la izquierda.)

ROSA Y bien claro está. El cargo de usted es de confianza y de muchas ocupaciones y es natural que quiera usted ascender á comandante para tomar estado...

PORT. Pues, no señora; hoy por hoy, ni de comandante ni de teniente coronel me casaría.

ROSA No, si lo creo.

EST. ¿Es porque siente usted poca inclinación á las mujeres?

PORT. Al contrario, siento tanta, que por inclinarme demasiado, temo perder el equilibrio.

EST. Pues, hijo, firmesa y apoyarse bien.

ROSA Eso. Sobre todo, apoyarse bien.

EST. Y si cae usted no creo que falte una mano caritativa que le levante.

PORT. Pues mire usted, eso es lo que ya me está haciendo falta.

EST. ¿Pero, hijo, se ha caído usted ya?

PORT. Sí, señora.

ROSA De un nido.

EST. Pues dele usted la mano, *comandanta.*

ROSA Yo ya no tengo fuerzas. Désela usted, *tenienta coronela...*

RED. (Saliendo.) Señora, ya está la cena; cuando usted guste se puede poner la mesa.

ROSA Díselo al comandante. (Salen Pintado y Caracena.)

PINT. Te digo que aquella es una vida completamente nueva.

RED. Con permiso de usted; ¿se puede poner la mesa?

CAR. Bueno. (Se vá Redondo.)

EST. (Levantándose.) Pues yo, con permiso de ustedes, voy á casa del coronel.

PINT. Sí, ya te estarán esperando.

EST. ¿Vienes tú?

PINT. Ahora iré; que te acompañe alguno de estos señores.

PIQ. IÑIG. Con mucho gusto.

ISAB. (A Piqueras.) (No, usted no.)

ARS. (A Iñiguez.) (Usted, tampoco.)

PORT. Yo voy también. ¿Si quiere usted aceptar mi brazo?

EST. Muchas gracias. (Tomando el brazo de Portillo.)

PINT. Y á ver si esta noche me la trata usted bien. Dale tú algún codillo.

EST. Que no se descuide... Buenas noches.

NIÑAS
FERM. } Muy buenas.

IÑIG. PIQ. Que ustedes se diviertan.

PINT. Ahora iré yo á verles á ustedes jugar.
ROSA Usted, como siempre, de mirón.
PINT. Siempre de mirón.
PORT. ¡Ay, Estrella, usted es una ganga para un militar!
EST. No sé por qué.
PORT. Porque ya ve usted, una Estrella más le conviene á uno siempre...
EST. ¡Já, já, já!... (Se van por la izquierda.)
PINT. (Yéndose con Caracena por la derecha.) Me acuerdo que cuando estábamos en Nuevitas...
ROSA ¡No estás tú mal nuevito!

ESCENA X

DICHOS menos ESTRELLA y PORTILLO

FERM. Yo también, con permiso de ustés, me voy.
ROSA Si quiere usted cenar con nosotros...
FERM. Gracias, de salú les sirva á ustés.
ROSA Pues, hasta mañana.
FERM. Buenas noches.
ROSA Que la acompañen á usted.
ISAB. ¡Piqueras!
ARS. Iñiguez.
IÑIG. Nosotros, con mucho gusto; pero Fernández debe ser celoso y...
FERM. Si esta noche está de guardia.
IÑIG. ¡Ah, pero se lo pueden decir con mala intención!
ROSA En este cuartel hay muy malas lenguas.
IÑIG. Usted lo sabe bien, doña Rosa.
ROSA ¡Redondo!
RED. ¡Señora!
ROSA Acompaña á su pabellón á la tenienta.
FERM. Que ustés descansen.
TODAS Adiós, Fermina.

ESCENA XI

DICHOS, menos FERMINA, que se vá hacia la derecha acompañada de REDONDO

ARS. ¡Qué infeliz es esta mujer!

ROSA Pero qué ordinaria, la pobre no puede ocultar que ha sido criada de servir. Con que, niñas, basta de palique. A cenar. Si ustedes gustan.

ISAB. Conque, hasta luego.

PIQ. Si puedo.

IÑIG. Quedamos en eso.

ROSA Niña, vete delante.

PIQ. Buenas noches.

ROSA Si gusta usted pasar á cenar con nosotros...

PIQ. Muchas gracias, doña Rosa.

ROSA Qué simpático es este chico.

IÑIG. Buenas noches.

ROSA Igualmente... No puedo atravesar á este hombre. (En este momento vuelve Redondo.)

ESCENA XII

DICHOS, menos DOÑA ROSA, ISABEL y ARSENIA

IÑIG. ¡Qué niñas y qué mamá!

ROSA (Dentro.) Redondo, meta usted esas sillas. (Redondo empieza á meter las sillas.)

PIQ. ¿Tú vas á salir esta noche?

IÑIG. Como que á las diez y media me espera Luisa para ir á la verbena.

PIQ. Pues yo, chico, pelaré la pava con la niña. Qué remedio.

IÑIG. Véngate del padre, hombre. Ya que te arresta, arréstale tú también.

RED. Mi teniente, que me han mandao meter las sillas.

IÑIG. Pues esta está ocupada y como no me metan á mí también...

ROSA (Dentro.) ¡Redondo! Dile al comandante que la cena se está enfriando.

PINT. (Saliendo por la derecha.) Que ¿se acabó ya la tertulia?

IÑIG. Ya ve usted.

RED. (A Caracena.) Mi comandante, con permiso de usted, se está enfriando el bacalao.

CAR. Ya voy, animal. (Entra Redondo en el pabellón.)

PINT. ¡Ah, bacalao... á la vizcaina!

CAR. ¿Gustas?

PINT. No creas, allí en Santi Espíritus tenía yo una patrona que lo ponía riquísimo; me chupaba los dedos de gusto.

CAR. Pues si quieren ustedes cenar...

IÑIG. PIQ. Muy buen provecho.

CAR. Hasta luego... (Entrando en el pabellón.)

PINT. ¡Oye!

CAR. ¿Qué?

PINT. *Cuidao* con las espinas. Que una vez en Guanabacoa por poco no me ahogo... Con que, buenas noches, señores. (Se va por la izquierda.)

IÑIG. PIQ. Buenas, mi teniente coronel.

ESCENA XIII

IÑIGUEZ y PIQUERAS

IÑIG. ¿Sabes que la tenienta coronela es tentadora?

PIQ. No es mal bocado.

IÑIG. Plátano en dulce, chico.

PIQ. Y que Portillo se trae guayaba.

IÑIG. Y jalea de coco.

PIQ. Y este Pintado es un buen marido.

IÑIG. Anda, un marido que ni pintado.

PIQ. Y ella le conoce, por lo visto.

IÑIG. Creo que sí, chico, y que le conoce hace mucho tiempo.

PIQ. Lo peor es que ya en el cuartel se ha comido todo el mundo la partida.

IÑIG. Menos, el teniente coronel, por supuesto.

PIQ. Ese no se la come nunca.

IÑIG. Para mí, que tampoco Portillo se la come.
PIQ. ¿Por qué?
IÑIG. Porque la cubanita es solamente coqueta; se trae un capote muy difícil.
PIQ. Portillo tiene buena estrella.
IÑIG. Bah, y Pintado también.

ESCENA XIV

DICHOS y REDONDO

IÑIG. ¿Qué es eso, vuelves por la mecedora?
RED. No, señor; mi teniente, puede usté columpiarse.
IÑIG. Oye. (Con misterio.) ¿El comandante va á salir?
RED. (Idem.) Creo que sí.
IÑIG. ¿Y la comandanta?
RED. Esa se queda siempre.
IÑIG. Sí, con todo el mundo; ya lo sé. ¡Buena persona está!
RED. No lo sabe usted bien, mi teniente.
IÑIG. Habla, hombre, habla; somos de confianza.
RED. Pus ná, que yo estoy de eya hasta aquí.
IÑIG. El comandante... por supuesto...
RED. El comendante hasta más arriba; el comendante es más bueno que...
IÑIG. Sí, que el pan.
RED. Y que el vino y que el escabeche de besugo. En fin, bueno de verdad; de infantería, que es lo mejor del mundo.
IÑIG. ¿Y ella?..
RED. Eya es de caballería... y hasta de carabineros, si pué ser.
IÑIG. Puede ser hasta de la Guardia civil. Por supuesto que en casa ¿ella tiene los pantalones?..
RED. Y la teresiana y er bastón. Tié toas las insinias.. En fin, ¿creerán ustés que me arresta y toó?
IÑIG. No, y á éste también.
PIQ. ¿Y las niñas?
RED. Esas probecillas ni chicha ni limoná.
IÑIG. Este también las conoce.

RED. Yo estoy en la casa, primeramente por el comendante, y luego que... como la Eusebia es paisana mía...

IÑIG. ¡Ah, sí, la criada!

RED. Pues nos llevamos bien.

IÑIG. Sí, ya lo supongo; y os ayudaréis mutuamente en el servicio de la casa.

RED. Como debe ser; siendo paisanos... creo yo...

PIQ. Naturalmente.

RED. Y lo mismo yo en su obligación que eya en la mía...

IÑIG. Os echáis una mano cuando llega el caso...

RED. Eso es.

IÑIG. Y se hace el servicio más agradable.

RED. ¡Anda, muchismo más!

IÑIG. No, si lo creo.

RED. Por supuesto, que no vaya usted á maliciarse nada.

IÑIG. Eso, por supuesto, hombre. ¡Cómo voy á maliciarme yo nada!

VOZ DE MUJ. (Dentro.) ¡Paco!

IÑIG. Mira, ya te llama.

RED. Estará acabando ya de dar la cena.

IÑIG. Pues, anda; vé á echarle una mano.

RED. Y, con su permiso, ¿puedo?..

IÑIG. (Levantándose.) Sí, hombre; llévate la mecedora. (Redondo coge la mecedora, y, cantando, entra en el pabellón.)

IÑIG. Conque, chico, yo voy á vestirme.

PIQ. Te acompañaré. (Entran en el pabellón.)

ESCENA XV

DICHOS en su pabellón; ESTRELLA y PINTADO, que vienen deprisa, y DOÑA ROSA y CARACENA á la ventana del suyo

PINT. (Con voces de alarma.) ¡Caracena! ¡Caracena!

EST. (Idem.) ¡Rosa! ¡Rosa!

CAR. ¿Qué es eso?

ROSA (A la ventana de la izquierda.) ¿Qué pasa?

IÑIG. / PIQ. (A la ventana de la derecha.) ¿Qué ocurre?

PINT. ¡Que la coronela se ha puesto mala!

IÑIG. ¡Demonio!

ROSA ¿De qué?
EST. ¡De un ataque!
ROSA ¡Válgame Dios! ¿Y de qué le ha dado eso?
PINT. De repente.
EST. Alguna sofocasión.
IÑIG. Pero ¿no será de gravedad?
PINT. Como es un ataque, no sé cómo será.
EST. ¿Tienen ustedes tila?
ROSA ¡Ay, no! Manzanilla.
PINT. ¡Hace falta tila!
ROSA Es igual.
PINT. ¡Ah! ¿Es igual? Entonces traigan ustedes rábanos.
EST. ¡Tráiganla, tráiganla!
ROSA No, nosotros mismos la llevaremos. Vamos ahora.
PINT. Pues vamos á que busquen tila.
ROSA (Llamando.) ¡Redondo!
IÑIG. ¿Hacemos falta nosotros, mi teniente coronel?
PINT. ¡Cá, no! ¡Si está allí Portillo!
IÑIG. ¡Ah! ¿Está allí? Entonces no hacemos falta.
EST. ¡Vamos corriendo! ¡Jesús, qué disgusto!
PINT. Cuando ocurre un caso de estos, siempre me acuerdo de aquella señora de Pinar del Río... (Se van.)

ESCENA XVI

IÑIGUEZ y PIQUERAS en su pabellón. DOÑA ROSA y CARACENA saliendo del suyo

ROSA (Desde dentro.) ¡Niñas! Nosotros tardaremos; acostaos pronto, ¿eh?
LAS DOS (Dentro.) ¡Bueno, mamá!
CAR. Pero, ¡pobre señora, un ataque así!..
ROSA (Saliendo.) Pero ¿tú crees que el ataque ese le ha dado así sin más ni más?
CAR. Yo sí.
ROSA Pues yo no. Ahí, en esa casa, debe de haber un lío muy gordo, pero muy gordo.
CAR. ¡Pero, mujer, que siempre has de ser tan maliciosa!
ROSA ¡Y tú tan simple! (Vanse regañando.)

ESCENA XVII

ÍÑIGUEZ y PIQUERAS á la ventana de su pabellón. Después ISABELA y ARSENIA á la ventana del suyo

IÑIG. Ahí tienes por dónde se quedan las niñas solas.

PIQ. Pero se acostarán.

IÑIG. ¡Qué se han de acostar! Las dos están ahora mismo bendiciendo el ataque de la coronela.

PIQ. Es posible.

IÑIG. Decididamente te hago un rato compañía. Vamos á divertirnos con las niñas. (Tosiendo.) ¡Ejem! Tose.

PIQ. ¡Ejem!

ARS. (Dentro.) ¡Ejem!

ISAB. (Idem.) ¡Ejem!

IÑIG. ¡Buen reclamo!

ARS. (Sale á la ventana.) ¡Ah! ¿Son ustedes?

PIQ. Nosotros mismos.

ISAB. (Sale poniéndose á la derecha de Arsenia.) Creí que se habían ustedes marchado.

PIQ. (Pasa á la izquierda de Íñiguez.) De ninguna manera.

IÑIG. No podemos.

ARS. (Pasa á la derecha de Isabela.) Usted, sobre todo.

IÑIG. (Pasa.) ¡Ah, querida Arsenia! El amor no me deja irme.

PIQ. Estamos en el sitio del amor.

IÑIG. Y el amor va á hacer que nos quedemos en el sitio.

ARS. ¡Ya, ya! Lo que es hablando no les condenan á ustedes.

ISAB. En usted, esta noche por supuesto, no tiene mérito.

PIQ. (Pasa.) ¿Por qué?

ISAB. (Pasa.) Porque no puede usted salir.

PIQ. Está usted equivocada. Me esperan en el cuarto de banderas para echar un dominó; pero entre el dominó y usted...

ISAB. No faltaba más que eso.

IÑIG. (Pasa.) Si ustedes fueran valientes...

LAS DOS ¿Qué? (Pasa Arsenia.)

IÑIG. Que podíamos pasar un rato muy agradable...

ISAB. ¿Cómo? (Quiere pasar, pero no la deja Arsenia, y se pone detrás de ella.)

PIQ. Pues suprimiendo las distancias. (Se pone también detrás de Íñiguez.)

ISAB. No comprendo.

IÑIG. Pues decidiéndose á venir un rato, y á tocar el piano y á bailar.

ISAB. ¡Por Dios, Iñiguez, no diga usted eso!

ARS. ¡Ay, no, no!

IÑIG. ¿Por qué?

ARS. Cualquiera que nos oyera...

IÑIG. Vaya, pues entonces otra cosa: propongo á ustedes una partidita de brisca ahí, en ese gabinete.

PIQ. ¡Hombre, eso sí!

ISAB. ¿Y si vienen papá y mamá y les pillan á ustedes aquí?

IÑIG. ¡Cá! Si vendrán tarde; y jugaremos sólo una partidita á tres juegos.

PIQ. Además, la otra noche ya jugamos.

ARS. Pero la otra noche estaban también Estrella y Portillo.

PIQ. ¿Y qué más da?

IÑIG. Sobre todo, que nos ganaron ustedes, y nos deben la revancha.

ISAB. Mira, la verdad es que tres juegos se acaban en un momento.

IÑIG. En cinco minutos.

ARS. Eso sí.

IÑIG. Y más con lo deprisa que jugamos nosotros.

ISAB. Como que apenas barajan ustedes.

IÑIG. Vaya, vaya, preparen ustedes la baraja. (Se quita de la ventana.)

ARS. ¡Ay, si ya vienen! ¡Quiera Dios que no tengamos un disgusto! (Enciende la luz del gabinete. Salen Íñiguez y Piqueras de su pabellón y entran en el otro. Durante toda la escena debe ver el público las cuatro figuras en la ventana.)

ISAB. (Con la baraja.) Aquí está la baraja.

ARS. Si no estarán bien.

IÑIG. (Entrando.) Nada, nada, tres juegos y nos vamos.

ISAB. Treinta y nueve. Falta todavía el rey de copas.

IÑIG. Pues quite usted los otros tres. Jugaremos con treinta y seis cartas.

ARS. ¿Y vamos á jugar sin reyes?

IÑIG. Hacemos reyes á los caballos y es igual.

PIQ. Caballos á las sotas, y así sucesivamente.

IÑIG. Eso. Y corre todo el escalafón.

PIQ. Y ascenso general.

IÑIG. Y jugamos con una baraja satisfecha.

ARS. Entonces nos quedamos sin ases.

IÑIG. No, porque los ases no ascienden. El último mono siempre se ahoga.

PIQ. ¿Y cómo jugamos?

ISAB. Usted conmigo contra Iñiguez y mi hermana.

IÑIG. ¡Cá, no, señora! Nosotros dos contra ustedes dos.

ESCENA ULTIMA

DICHOS en el pabellón, ESTRELLA, DOÑA ROSA, PINTADO y PORTILLO

PINT. (Dentro.) En fin, qué le vamos á hacer.

ARS. Dios mío, ya vienen. (Asomándose á la ventana.)

ISAB. Es verdad.

IÑIG. Demonio, se aguó la fiesta.

ARS. Váyanse ustedes, por Dios.

ISAB. Cá, si ya están ahí.

IÑIG. No se asusten ustedes.

PINT. (Apareciendo.) Lo principal es que haya quedado tranquila.

ROSA Esta noche les han quitado á ustedes la diversión.

EST. Y yo que pensaba daros esta noche varios codillos, capitán.

PORT. Guárdelos usted para mañana.

IÑIG. Ahora, en cuanto entren, salimos por la ventana. Váyanse ustedes. (Se van aquellas.)

ROSA ¿Quieren ustedes pasar?
PINT. No, gracias. Escribiré un rato.
ROSA Vaya, pues buenas noches.
EST. Hasta mañana.
CAR. Que ustedes descansen.
TODOS Igualmente. (Entran Caracena y doña Rosa.)
EST. (Al llegar frente al pabellón de la derecha) ¿Os quedáis, capitán?
PORT. Voy al cuarto de banderas, la acompañaré á usted hasta su pabellón. (Se van por la derecha.—En este momento, montan sobre la ventana Iñiguez y Piqueras.)
PINT. (Volviendo.) Ahora que recuerdo... Caracena, Cara... (Los vé.) ¡Caracoles!
IÑIG. (Nos cogió.) ¡A la orden de usted, mi teniente coronel! (Saludando desde la ventana)
EST. ¡Qué! (Vuelve con Portillo.)
PINT. ¿Qué hacen ustedes ahí?
IÑIG. Pues tomando el fresco.
PINT. ¡Cá!
EST. ¡Pero, niños!
PORT. ¡Pero, hombre!
IÑIG. ¿A que no ha visto usted nunca esto en Guanabacoa?
PINT. Dos, no; pero uno sí. A poco de casarnos, en Santi Espíritu, ¿te acuerdas?
EST. Algo recuerdo.
IÑIG. Con permiso de usted, vamos á bajar.
PINT. Y estaban ustedes alineados y todo.
IÑGI. Como buenos militares, mi teniente coronel. (Saltan.)
EST. ¿Pero cómo así en las alturas; hasía dentro tanto calor?
IÑIG. ¡Uf, una barbaridad!
PINT. ¡Caracena!
IÑIG. Mi teniente coronel, prudencia, por favor.
PINT. Ah, quieren ustedes...
EST. Sí, hombre; tu deber es haser la vista gorda.
PORT. Yo creo que eso es lo que debe usted hacer.
PINT. Vamos, sí, hoy por tí y mañana...
PORT. Por usted.
IÑIG. Suplicamos á usted...
PINT. ¡Qué!... (Se oye dentro, lejos, el toque de silencio.) ¡Silencio ya!

IÑIG. Sí, señor; precisamente. La corneta ha sido oportuna.

ROSA (Asomándose á la ventana y en voz alta.) ¿Pero todavía están ustedes aquí? (Todos se asustan, sorprendidos por la voz.)

PINT. Sí, todavía.

EST. ¿Y las niñas?

ROSA Dormidas ya como troncos.

PINT. Mentira.

ROSA ¡Qué!...

PINT. Mentira parece que se duerman tan pronto.

ROSA ¡En cuanto salimos de aquí, las pobres!

EST. ¡Pobrecitas!

PINT. ¡Qué criaturas tan inocentes! ¡Dígale usted á Caracena que mañana á las diez le espero.

ROSA Bueno.

EST. Descansar.

ROSA Buenas noches...

PINT. ¡Y que descansen las niñas!...

ROSA Ygualmente...

PINT. Vámonos todos. Aunque antes debemos...
Si ahora aplauden ustedes
LOS PABELLONES,
gracias, y hasta mañana.
Muy buenas noches.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Con un palmo de narices, juguete cómico en un acto.
A punto de caramelo, íd. íd.
Cómo rezan los casados, monólogo en verso.
El último cartucho, juguete cómico en un acto.
Pintar como querer, juguete lírico.
El arte del toreo, íd. íd. En colaboración.
Muerto el perro... íd. íd.
¡Véase la clase! íd. íd. En colaboración.
Máquinas «Singer», íd. íd. íd.
¡Peláez! juguete cómico, íd.
Las criadas, sainete lírico.
Se afeita á domicilio, juguete lírico.
La tertulia de Mateo, sainete lírico. En colaboración.
Partes y coros, íd. íd.
Los diputados, juguete cómico.
El censo, íd. íd.
El alcalde interino, juguete lírico. En colaboración.
¡Las virtuosas! íd. íd.
El cuarto de banderas, sainete en verso.
El cabo baqueta, íd. íd. En colaboración.
Pan de flor, sainete lírico, íd.
El yerno, comedia en dos actos.
El director, juguete lírico.
La raposa, sainete lírico.
La casa del duelo, sainete en prosa.
Pabellones militares, íd., íd.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.